

TIENE QUE ACOMPAÑARNOS A FALANGE

El río Miera, truchero y anguilero, sigue impasible hacia La Cavada y después hacia la ría de Cubas, hacia el mar Cantábrico, que es el morir. Viene del Portillo de Lunada, precipitándose rápido desde 1.230 metros, y ha enriquecido su caudal con las aguas del Revilla, el Aguanaz, el Pontejos, el Carcabal y el Pámanes. Para cuando mezcla sus aguas con las de la bahía salada de Santander, ha dejado atrás cuarenta y un kilómetros en los que ha sido testigo imperturbable de mucha vida y de mucha muerte. El Miera muere mirando al norte, dejando a su paso historias viejas que se sedimentan en sus márgenes, en los valles que humedece, en las altas colladas de las que le viene el agua. La vida bulliciosa y arriscada del Cariñoso también acabó mirando al norte, junto al mar, y también dejó a su paso sedimentos de leyenda y realidad. Trataremos de dar con ellas entre estas piedras, en esta gente, por todos esos caseríos de alrededor, que vemos y adivinamos: Somarriba, Tarriba, Calgar, Hermosa, Los Prados, Bucarrero, Sotorrío, La Costera, El Mercadillo, La Vega, Rubalcaba, El Rellano, Angustina, Las Porquerizas, La Herrán...

Y Liérganes. A la una del mediodía de un martes de labor de 1978, cuando andamos buscando estas huellas, en Liérganes sólo se oye el ruido del agua que lleva el Miera, y todo lo demás es silencio. Está brotando la primavera en cada tilo del paseo del Hombre Pez, y en cada maceta de los restaurantes. De repente, una chica que reparte pan en su «dos caballos», hace sonar el claxon insistentemente y salen las mujeres de las casas, con el dinero ya cambiado en la mano y sin ninguna prisa. El «dos caballos» pertenece a Sáenz de la Maza, apellido que se nos antoja familiar, como los Lavines, los Abascables, los Revuelta, los Cobo, los Samperio, tan comunes en el valle. Carmen González Echegaray ha registrado veinticinco escudos nobiliarios de linajes de Liérganes. Y tanto en la plaza del Marqués de Valdecilla, como en la calle del Convento, como en la carretera de Mercadillo nos encontramos sus viejos palacios de piedra oscura, las soberbias casonas de su historia vieja, hoy, en esta primavera de 1978, con pintadas para todos los gustos.

«Fascistas, burgueses, os quedan pocos meses», dice uno de los ripios. «Viva Cristo Rey, Franco presente», replica otra pintada. «Estamos hasta los cojones de aguantar tantos chupones», afirma una «A» mayúscula rodeada del círculo ácrata. También hay inscripciones mucho más antiguas: «Ganan doscientas yndulgencias todas las personas que hicieran un acto de contrición delante de esta santa ymagen de Nuestra Señora de Guadalupe, concedidas por el señor arzobispo de Zaragoza, con facultad de Bto. XIII», leemos en el palacio de los Cuesta Mercadillo. Flores entre los arcos de piedra del hermoso pueblo, inscripciones de ayer y de hoy, historias viejas y nuevas. Pasa un hombre rubio, colorado y sin afeitar, en un carro a buscar verde. Lleva el caballo a galo-

pe y las ruedas de goma no hacen ruido sobre el asfalto; los cascos del caballo sí. Pasa un viejo de cejas muy pobladas y blancas. Pasa un niño que viene de la esencia. Pasan dos camiones lecheros, el uno de Trucíos, el otro de C. Gómez. Hay tres mil vacas censadas en el municipio. Pasa otro carro con abono. Sale música de una de las tres cafeterías que por estas fechas hay en la villa. La música es de Manolo Escobar: «... Alguno tuvo que ser quien puso el anzuelo, y a mí me toca cargar con este mochuelo».

Una calleja pindia empedrada, con yerba verde entre los cantos. Una cruz grande al principio de la calleja, y en la mitad de la cruz grande de piedra otra más chiquita de madera. Es la primera estación, «Jesús condenado a muerte», de un viacrucis que sube hasta la iglesia de San Pantaleón, una de las iglesias señoriales de piedra húmeda y esculturas descascarilladas que hay en el pueblo. La primera estación del viacrucis del Cariñoso fue también aquí en Liérganes. (Pasan unos niños rubios con metralletas de plástico transparente llenas de caramelos y confites de colores).

Pin estaba arriba, en la plaza de San Roque de Riomiera, trabajando en la panadería de su tío, Pepe Vian. Era el invierno de 1937, y unos meses antes acababa de ser «liberada» la provincia de Santander y su capital. Un acontecimiento crucial que iba a marcar un antes y un después en la historia de Cantabria, plagada de recuerdos de aquellos días, sobre todo en la capital. Unos recuerdos son de piedra, otros invisibles. Los de piedra se pueden fotografiar fácilmente, como un monumento que hay en El Sardinero en honor de los fascistas italianos de Mussolini: «A las heroicas legiones italianas. Bajo el signo de Franco, el Caudillo, los heroicos legionarios de la hermana Italia lucharon y cayeron frater-



nalmente unidos con los soldados españoles por la sublime causa de la civilización cristiana. Santander recuerda agradecida a los hijos de la gran Italia, colaboradora de España en esta Cruzada liberadora». Los recuerdos invisibles, los que hemos venido a escuchar al Miera, sólo podremos oírlos en voz baja y en silencio, casi a escondidas, después de tantos años callados.

El 26 de agosto de 1937 Santander fue «liberada». Pero esto ocurrió más tarde. Ocurrió en San Roque, ya en el invierno.

—¿Es usted José Lavín Cobo?

—Sí, señor.

—Tiene que acompañarnos a Liérganes, a Falange.

—¿Para qué, si puede saberse?

—Tiene usted que prestar declaración.

Pin estaba cortando leña para el horno, la amasanda urgía sacarla pronto. Pero bueno, si hay que bajar a Liérganes, se baja. Es cuestión de un rato, diecisiete kilómetros, unas horas.

—Tío, enseguida vuelvo, que tengo que ir con la guardia civil a Liérganes para una declaración.

Nada tenía que temer, de nada se le podía acusar. Iba tranquilo, pues si bien había llegado a ser sargento en el heroico batallón Libertad, de la CNT, todo el mundo sabía que él, Pin, y su hermano, Sario, no se ocupaban de nada más que de trabajar y no se metían con nadie. Si esto fuera un Santander o un Torrelavega, a lo mejor había algún miserable que quisiera buscarle las cosquillas a los que habían regresado del frente, pero en estos pueblos donde todos nos conocemos, donde hemos moceado juntos los unos y los otros, ¿quién va a tener cuajo para meterse conmigo?, un tío sano que nunca

ha hecho nada a nadie. Sin embargo, ¿qué es lo que dijo padre anoche? Ramiro, el padre de Pin, tenía una camioneta y el día anterior fue obligado a llevar a Liérganes a un muchacho asturiano, que andaba por el monte perdido.

Le esposaron, le amarraron, le tomaron declaración, le encerraron en Falange, y desapareció para siempre, nadie sabe qué hicieron con él. «Sólo por ser asturiano», habían dicho aquel día en San Roque, «que tal como están las cosas ya es bastante». La verdad es que aquí arriba, en estos puertos, uno ni sabe cómo están las cosas.

«Y ahora me llevan a mí detenido —pensaba Pin carretera abajo—. Bueno, yo me afilié a la CNT, y con el batallón de la CNT combatí en Asturias. Pero de aquí, la mayoría estábamos apuntados en algún sitio; los de Mirones, casi todos socialistas o comunistas; nosotros, cenetistas... En fin..., no creo que nos jodan a todos. Y yo, desde luego, con nadie me he metido».

—¡Adentro! —le dijeron al llegar al edificio de Falange—. Antes, no muy antes, la casa-falange era la Casa del Pueblo. Y antes, «El Retiro», de Valeriano y Petronila, cuyos nombres aparecen escritos aún en piedra a ambos lados de la entrada. El comité, cuando la República, había visto talar los árboles del inmenso jardín y hacer una huerta experimental modelo que sirviera de pauta de cultivos modernos en la zona. Al acabar la guerra, se transformó en el cuartel general de Falange, el grupo calificador de responsabilidades políticas y de las otras que hubiera habido en el valle, durante la breve República y la larga guerra.

Pasaban las horas y llegó la noche. Pasó la noche y otro día entero, y nadie llamaba al Cariñoso para que declarara ni para nada.

Desde la ventana, bien asegurada con barrotes, Pin vio al guardia municipal de Liérganes, «el Rey de los Campos», como le llamaba todo el pueblo.

—Oye, ¿no podrías hacerme un favor?

—¿Qué se te ofrece?

—Mira, me han bajado aquí, desde San Roque, porque tenía que declarar. Ya llevo aquí cantidad de horas y nadie me pregunta nada. El caso es que tengo que irme a trabajar, así que a ver si haces el favor de decirle al jefe de esto, a José Sáenz, que me pregunte lo que me tenga que preguntar, porque tengo prisa, que le dije a mi tío Pepe, ya sabes quién te digo, Pepe Vian, que tú le conoces bien, el de la panadería, que no tardaba nada en volver y...

—Voy a ver.

A lo lejos, oyó Pin la conversación, y lo que oyó le hizo comprender que estaba condenado a muerte.

—El nieto del Cariñoso, que dice que a ver si le tomáis ya la declaración, que tiene que irse a la panadería.

—Que no tenga tanta prisa, que la su declaración ya está tomada. Total, para lo que le va a servir...

Matilde, tía de Pin, tenía un comercio allí cerca y le había traído algo de comer. Allí estaban todavía los cacharros, y Pin, rápido de reflejos, vio claro que si quería salvar la vida, tenía que escapar. «Si me quedo, me pasa lo que al asturiano». (Y lo que les estaba pasando a cientos de miles de españoles por aquellas fechas, aunque Pin el Cariñoso no lo supiera.)

Afuera se escuchaba el cantar del Rey de los Campos, un cantar odiosamente entusiasmado:

Al entrar en Barcelona
el Gran Caudillo, marchó Negrín
con los rojos de Azaña
y Largo lleva el maletín.
Van llorando y rabiando
porque han dejado un cofre de oro
y en la estación han dejado
un tren muy grande que es para Franco
todo lleno de municiones
para volar las cabezas
de asesinos y de traidores.

Para hacer una llave, Pin sólo contaba con la cuchara que le había traído su tía Matilde. Se empeñó en hacer la llave y la hizo. Con la llave consiguió abrir la puerta de la habitación y sorprendió al municipal.

—Alto.

—Déjame escapar, que me matan.

—Alto.

—Lo he oído todo y sé que van a eliminarme como al asturiano. Déjame escapar, Rey de los Campos.

—Tú de aquí no...

Iba a decir: «Tú de aquí no te mueves», pero no le dio tiempo, porque Pin, fuerte como un toro, acostumbrado a prever en la caza y en la pesca los menores movimientos del adversario, saltó sobre él, le golpeó con su puño macizo y lo dejó tendido sobre la hierba verde. Después, le desarmó, saltó sobre los setos y las paredes de piedra, atravesó los regatos afluentes del río, cruzó el Miera de una zancada larga y pode-

rosa, superó los bardales y ganó las rocas ásperas por donde las cuevas tienen kilómetros de longitud, y donde nadie en su sano juicio se atrevería a entrar buscando un hombre dispuesto a todo como estaba él, en ese momento.

Recibió algunas heridas, pocas y superficiales, de las que le curó Fermín el Pavo sentado en la escalera de su casa. Falangistas y guardias le siguieron el rastro, vieron unas pocas gotas de sangre cerca de la casa de Fermín que les condujeron a la escalera. Con el Cariñoso no dieron, pero a Fermín el Pavo le llevaron a la cárcel.

«Se escapó Pin el de los Cariñosos, se escapó el Cariñoso», se alegraban unos y maldecían otros. «Me las pagarás, cabrón», dijo el Rey de los Campos cuando despertó. «Os acordaréis de mí, hijos de puta», levantó el puño Pin el Cariñoso mirando desde San Roque el valle verde y neblinoso, cuando logró avisar a la familia y ponerse a salvo entre los picachos, que vistos desde arriba parecen menos impresionantes y más amigos.